

PRÓXIMO NÚMERO:

La preciosa comedia sentimental

La Venus de Montmartre

Creación de la bellísima artista alemana LYA MARA.

Asunto de gran interés.

10 ilustraciones fotográficas.

EXCLUSIVA DE
MODESTO PASCÓ

Postal-fotografía-regalo:
CHARLES JONES

LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA

Sale todos los miércoles en toda España.

Precio: 25 céntimos

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 157

25 cts.



¡MI TÍO!

POR RENÉ NAVARRE
Filmoteca
de Catalunya

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Redacción } Via Layetana, 12
Administración } Teléfono, 4423 A
BARCELONA

AÑO IV

N.º 157

¡MI TÍO...!

Comedia original de MAURICIO MARIAND, puesta
en escena por su mismo autor, bajo la dirección artís-
tica de LUIS NALPAS, y editada por

PATHÉ CONSORTIUM CINEMA

Interpretación de los célebres actores franceses

RENÉ NAVARRE,
PAUL MENANT, y otros.

EXCLUSIVA DE

JULIO CÉSAR, S. A.

ARAGÓN, 316 — BARCELONA

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
HENNY PORTEN

¡MI TÍO...!

Argumento de la película de dicho título

París sacudía el marasmo de la noche, y empezaba a despertar a los albores de la indecisa luz del nuevo día.

El Asilo Nocturno iba a cerrar sus puertas, arrojando a la calle, hasta la noche próxima, al hampa que en él se albergaba.

Juan Bonnefous, el "tío Juan", como todos le llamaban, era un viejo bien portado y no exento de cultura. Nadie sabía su pasado. ¡Un náufrago de la vida! Asiduo del asilo, no se metía con nadie, ni había querido nunca tener amistad con sus "compañeros de pensión", la mayoría de ellos pícaros de cuenta.

Uno de esos sujetos, Pedro Sorbier, "El Petardo", substancioso remoquete por el cual le conocían, era un perfecto canalla. Jactancioso y bravucón, trataba con cierto aire de superioridad a sus camaradas.

El que menos le hacía caso era el tío Juan.

El buen hombre trabajaba para mantenerse, mientras que "El Petardo" se pasaba de listo...

Un día, volviendo el tío Juan a su cotidiana labor—lavar perros en el Sena—se enteró, por su patrón, de que el negocio no daba para dos, y se alejó cabizbajo, con la esperanza de que tal vez al día siguiente los clientes habrían aumentado, llevándose un perro que le cedió, por no haberlo podido vender, su citado jefe.

Deambulando a la ventura por los muelles del célebre río, el tío Juan vió en el suelo, en un lugar solitario, un paquete; miró en su derredor, se cercioró de que nadie lo contemplaba, y se hizo del hallazgo.

En un papel leyó:

Lego toda mi fortuna a quien halle mis vestidos. Aunque inmensamente rico, el ser solo en el mundo ha hecho que sólo conozca las penas y zozobras de la vida: por eso me la quito.

En el unido carnet hallará el afortunado la dirección de mi casa, desocupada actualmente, y el secreto para abrir mi caja de caudales, donde guardo mis títulos y valores al portador.

*¡Adiós, y que la suerte os haga muy feliz!
Mauricio de Champloux.*

—¿Es esto un sueño?—preguntóse incrédulo el buen hombre.

Acicateado por la curiosidad, y aunque dudando mucho de que aquella extraña histo-

ria fuese una realidad, el tío Juan trasladóse acto continuo a la dirección indicada.

Con las llaves que el excéntrico Maurieio de Champoux tuvo buen cuidado de dejar a disposición del que hallase su carta de adiós al mundo, el tío Juan pudo abrirse paso en la casa y ningún armario se le resistió.



El buen hombre no volvía de su asombro considerándose propietario...

El buen hombre no volvía de su asombro considerándose propietario de todo lo que sus ojos abarcaban... y de lo que no habían visto aún.

Entretanto, "El Petardo", harto ya de ver-

se en la obligación de acudir todas las noches al asilo, daba oídos a un par de bribones.

—¿Qué, te decides a debutar en nuestro oficio?

—¡He visitado ya sobradas veces el asilo, y estoy decidido a todo para cambiar de vida!

—¡Así nos gustas, hombre! Si sigues nuestros consejos no te faltará nunca un duro.

—¡Mandadme! ¿Qué debo hacer?

—Ya podemos indicarte un "negocio". Se trata de un "chalet" rico, soberbiamente alhajado, cuyo dueño se ausenta con frecuencia.

—¿Dónde se halla?

—Aquí están las señas. No vaciles... y ya lo sabes: de lo que "pesques", mitad y mitad.

—De acuerdo.

Otro en el lugar del tío Juan se habría probablemente apoderado de los valores contenidos en la caja de caudales, y hubiese huído, para evitarse cualquier lío con la policía; pero él no era hombre que pudiera hacer eso.

La carta del suicida le abría la finca de par en par, y no tenía por qué temer un tropiezo con alguien.

Que no las tenía todas con él, era indudable; no obstante, no se movería de allí.

Así le sorprendió la noche.

Acuciado por el apetito que se dejaba sentir en su estómago, el tío Juan sentó sus reales en la magnífica cocina provista de una despensa que quitaba hasta el hipo crónico, y,

ayudado por su perro—que se convirtió en su mejor amigo—, dió cuenta de un pollo casi enterito.

El can, tan poco acostumbrado como su dueño a esos bocados, no daba, al principio, crédito a la realidad; mas apenas hubo hincado sus dientes en la parte que le tocó en suerte, no se hizo de rogar, y no quedó ni el rastro...

En tan sabrosa operación alguien vino a perturbarles la digestión.

—¿Quién anda por ahí?—dijo para sí el tío Juan, tomando precauciones, es decir, armándose de una pistola automática que había encontrado en un cajón de la mesa-despacho del suicida.

A poco, la puerta de la cocina se abrió con sigilo y un hombre penetró en ella procurando hacer el menor ruido.

Comprendiendo que se trataba de un ladrón, el tío Juan no se arredró; antes al contrario, preparóse a defender como bueno lo que era suyo por obra de la providencia.

Tan pronto tuvo a tiro al intruso, el tío Juan dió la luz y le encañonó el revólver, reconociendo entonces al “Petardo”.

—¿Cómo! ¿Eres tú? ¡La verdad, no creía que eras reventador de pisos, sino carterista!... ¡Quieto!

—¿Y a ti quién te ha dicho que yo afanaba carteras, viejo?

—Lo supuse, pues no te conocía ocupación honrada.

—Pero, ¿es que te han nombrado sereno de esta finca?... A juzgar por lo que veo, no comes mal. ¿Sobra algo para mí?

—El que sobra eres tú, “Petardo”. ¡Conque, lárgate de aquí, y pronto! ¡Eres un mal sujeto!

—¡Sí que te acuerdas de los amigos!

—¡Jamás lo fuí tuyo! ¡Anda, aléjate! Y si vuelvo a verte por estos alrededores, te hago detener. ¿Te enteras?

—Bien, hombre. Muy bonito... Me has negado un pedazo de pan... a mí, a un pobre como tú...

—¡Villano! ¡Tú viniste aquí a robar... y no se sienta a la mesa a un ladrón! ¡Vete, “Petardo”, que tu presencia me ofusca!

—Ya ahueco, ya ahueco... ¡Quién sabe si algún día me necesitarás, para que veas cómo te recibo!

Y “El Petardo” se marchó, maldiciendo al tío Juan, que le había hecho fallar el “golpe”.

Rendido, más que de fatiga por la emoción de saberse rico, el tío Juan se metió en la cama del suicida, cubriéndose el cuerpo, para “honrar” mejor las finas y limpiísimas sábanas, con un pintoresco pyjama.

Durmió a pierna suelta durante toda la noche.

A la mañana siguiente, apenas en pie, tonificó sus nervios en un baño y su corres-

pondiente ducha, y buscó un traje que ponerse.

No le fué difícil dar con el armario correspondiente, en que había, perfectamente alineados, hasta dos docenas de "complets".

—¡Qué esplendidez! — exclamó. — ¡Aunque viviera cien años, jamás podría verle el fin a este regio guardarropa!

Y no sabía, el pobre hombre, por qué traje decidirse...

"El Petardo", mal que le pesara, tuvo que ir a dormir, la víspera, de nuevo, al asilo.

Al nuevo día, tuvo una entrevista con los dos malhechores que lo instigaban a asociarse con ellos, y "El Petardo", que se la había jurado al tío Juan, tomó la determinación de cerciorarse de su nombramiento de sereno del "chalet" escogido para su debut en el arte de la "limpieza".

Simultáneamente, el tío Juan veía llegado el momento de pasar el mayor apuro de su vida.

En efecto, así era.

¿Qué había ocurrido?

Acababan de llamar al timbre de la verja de la finca.

—¿Será el panadero... el lechero... o el verdulero?—pensó el tío Juan.

Se asomó para comprobarlo.

—¡Cáspita!—se dijo.

Era una señorita la que esperaba que le abriesen la puerta. Detrás de ella, dos perso-

nas más, que, recién apeadas de un coche, sacaban de él varias maletas.

—¡Ahora sí que la hemos hecho! ¿Quiénes serán esas gentes?—murmuró el tío Juan, no sabiendo qué hacer.

La insistencia de la señorita en llamar al timbre, no permitió a nuestro héroe reflexionar su actuación en aquel "caso".

Fué él mismo a abrir.

¿Qué pasaría?

—¡Buenos días, querido tío!—saludóle la señorita en cuestión, echándole sus brazos al cuello y besándole efusivamente.

El tío Juan dejó hacer.. cortado por la sorpresa.

Afortunadamente, no llegaba nadie más de la "familia". La aludida pareja que acompañaba a la "sobrina" era su servidumbre.

La "sobrina" se hacía cargo de la extrañeza reflejada en el rostro de su "tío", y, una vez en la casa, previas órdenes de instalación a sus criados, se apresuró, a solas con él, a contarle su historia al supuesto pariente.

—Muerto mi padre, no quise quedarme sola en las Antillas, donde con él viví siempre, y me acordé de usted: de este excelente tío de quien me hablaba a menudo, y a quien jamás yo había visto.

El tío Juan respiró. Menos mal que resultaba un tío desconocido.

¿Cómo acabaría, pues, la aventura?

Tío y sobrina se habían sentado en un ca-

napé. La segunda, muy cariñosa, abría su corazón al primero, absolutamente segura de hallar eco en él a sus penas.

—¡Pobre padre adorado!—prosiguió. — Usted también le quería mucho, ¿no es cierto, tío?

Y, la joven, rompió a llorar, apoyando su linda cabeza en un hombro de su tío, que no pudo por menos, sinceramente tocado en sus fibras sentimentales, de imitarla.

Hubo una pausa de respetuoso silencio en memoria del difunto.

De repente, volvió a sonar el timbre de la verja del jardín.

—¿Esperaba usted una visita, tío?

—No sé... No recuerdo. Voy a ver. (¿Quién será? ¿Se descubrirá ahora que soy un impostor?)

—No se mueva usted, tío. Uno de mis criados irá a abrir.

—¡Ah! Es verdad...

Y el tío Juan estuvo muy intranquilo, hasta que la doncella de su "sobrina" apareció, portadora de un bote de leche y de esta noticia:

—Con permiso... El lechero me ha dicho que ayer por la mañana estuvo llamando a la puerta por espacio de una hora sin el menor resultado.

Entonces—mandando retirar a su doncella— la sobrina se acordó de que no había visto la servidumbre de su "tío".

—Pero, ¿dónde están sus criados?—le preguntó.

—No los tengo... ¡Prefiero vivir solo!—se le ocurrió al tío contestar.

—¡Ah!... Ya sé de antiguo que es usted... un poco excéntrico... perdóneme la franqueza... ¡Pero a los escritores de talento todo puede dispensárseles!

El tío Juan no sabía qué contestar... y, callando, o poco menos, otorgaba...

—Yo le querré a usted mucho, querido tío. Si he venido a vivir en su compañía, es porque no he olvidado que usted hubiera deseado tener una hija. El pobre papá me dijo varias veces: "Cuando quieras ir a Francia, Elena, te mandaré a casa de mi hermano. No nos tratamos mucho, ¡vivimos tan lejos!, pero sé que su ilusión era tener una niña... y que ha envidado antes de ver realizado su sueño".

—Gracias, Elenita, gracias... Tu padre no te engañó...

—Pues bien: de aquí en adelante, yo misma me encargaré del manejo de la casa.

Y Elena dió órdenes en el acto, para que en el "chalet" se respirase juventud.

El tío Juan, cogido entre la espada y la pared, releyó, a solas, la nota de despedida del suicida, Mauricio de Champloux, deteniéndose fijamente en estas seis palabras: "*el ser solo en el mundo...*"

—¡Qué complicación! Sin duda, él ignoraba que tenía una sobrina... que, naturalmen-

te, es su heredera; mientras yo...—se decía el buen hombre.

Elena volvió a su lado en seguida, arrancándole de sus pensamientos.

—¡Ya verá usted, tío mío, qué feliz voy a hacerle! ¡Qué triste ha debido ser, hasta ahora, su vida, lejos de todo afecto!

—Sí, sí, hija mía...: muy triste... muy triste...



Trancurrieron los días.

Por temor a la miseria, cuya horrible mordedura durante tanto tiempo había experimentado, el tío Juan guardó silencio sobre su extraña aventura... y siguió siendo "Mi tío", dejándose mimar por su deliciosa y "fantástica" sobrinita.

—¡Mi querido tío! ¡Le buscaba para felicitarle! ¡Qué talento tiene usted! ¡Qué bellos son estos libros de tesis! ¡Y pensar que toda esa biblioteca es hija de su imaginación! ¡Siento un orgullo legítimo de ser su sobrina!—le dijo Elena cierta vez.

El tío Juan, aunque ello le era muy violento, fingía modestia ante los elogios a "su" pluma de su pariente.

Siempre que hablaban de literatura, el tío

Juan sabía escabullirse, y aquella vez, no encontrando él salida posible, quiso la casualidad ayudarle: una visita puso fin a la "interesante" conversación "acerca del cerebro humano".



—... ¡Qué talento tiene usted! ¡Qué bellos son estos libros de tesis!

Un criado entregó a Elena la tarjeta de un joven, un tal Andrés Bresson, que se presen-

taba para tratar de un anuncio publicado por ella en el diario "Le Matin".

Ella misma salió a recibirle, mientras el tío Juan daba gracias a quien perteneciera dár-selas.

El aludido Andrés Bresson era un joven de muy buen parecer. Esta fué la opinión de Elena.

Con tan buena base, así hablóle ella:

—Mi tío me ha encargado que le busque un secretario; pero me he visto obligada a rechazar a varios, porque tiene un carácter muy original y difícil...

—Si le parece a usted conveniente aceptar mis servicios a prueba, señorita, estoy dispuesta a demostrarle que mi carácter sabrá amoldarse al de su señor tío, que me consta es un brillante literato... un literato de verdad.

—Su condición me satisface, señor Bresson, y le admito, deseando haber encontrado la persona que necesita mi tío para seguir trabajando.

—Disponga, pues, desde este momento de mí, señorita.

—Puede usted empezar mañana, señor Bresson, a todo estar, como indica el periódico.

—Conforme. Hasta entonces, señorita.

Elena vió marchar a Bresson... y, ¡cosa nada rara, pues le gustaba!, ya deseaba volverle a ver.

No compartió el tío la satisfacción de su sobrina, al hablarle ella de lo que acabamos de

relatar, añadiendo estos comentarios personales:

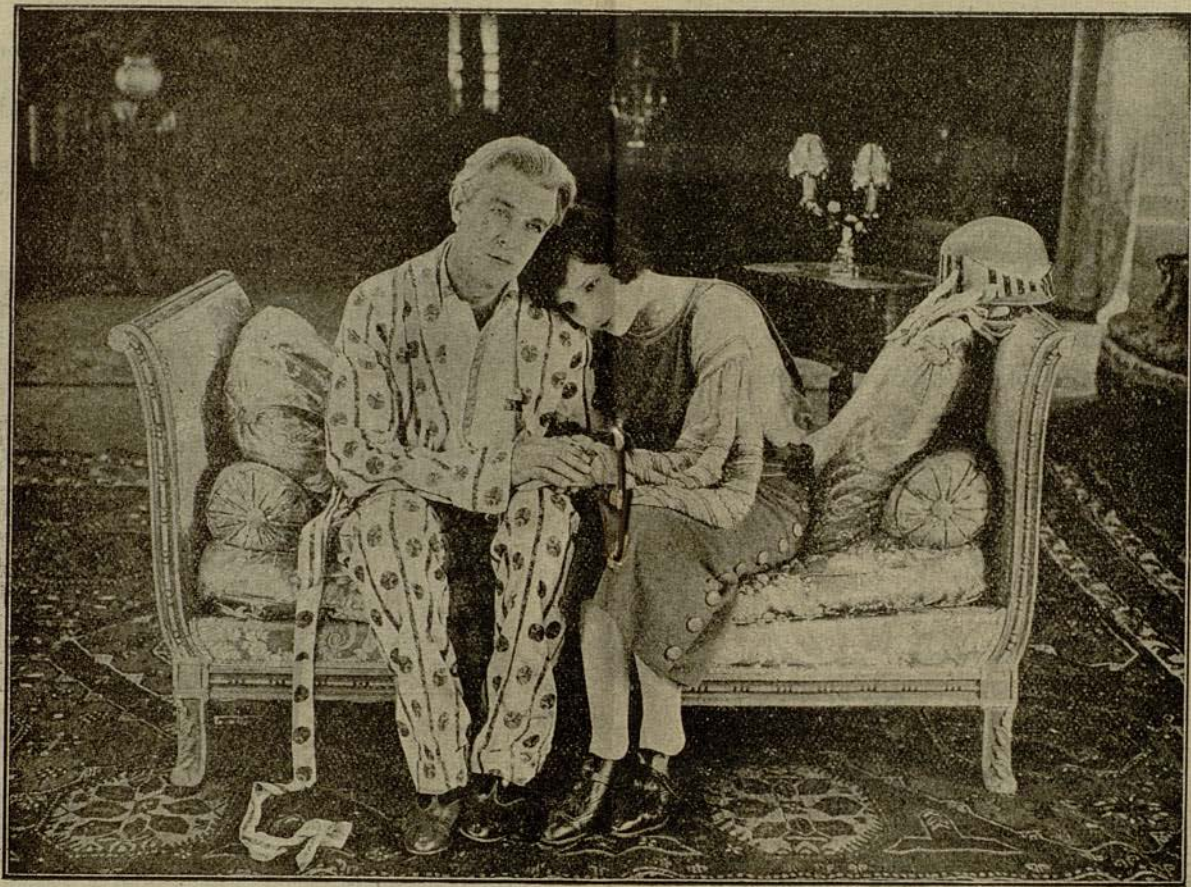
—Creo que ese joven le servirá a usted. Ahora, auxiliado por él, podrá usted reanudar su interrumpida labor, y, dentro de seis meses, la literatura francesa se habrá enriquecido con otra obra maestra!



—*Su condición me satisface, señor Bresson, y le admito...*

—¡Que escriba yo "otro" libraco! ¡Como si ya no tuviese bastantes aquí!—exclamó el tío Juan, pasmado.

—¡Usted se debe a sus admiradores, tío!



Y, la joven, rompió a llorar, apoyando su linda cabeza en un hombro de su tío...

—Sí, naturalmente... claro... es lógico... (¡Lucida está la literatura conmigo!)

A todo esto, no nos hemos ocupado más del "Petardo".

Este debía "explotar"... y aguardó a hacerlo aquel día, en que tuvo la seguridad de que su ex compañero de asilo había pasado misteriosamente a la categoría de hombre rico.

Introdujose en la casa cuando a él le pareció que el tío Juan quedó solo en ella.

La sorpresa de este último fué inmensa.

"El Petardo", muy tranquilo, se expresó "cordialmente":

—¿No tienes un lugar discreto... para conversar con tu antiguo camarada?

El tío Juan quería resistirse a dar audiencia a ese bribón, pero el temor a que éste cometiese una estupidez, le obligó a escucharle, aislándose en un saloncito.

—¿Qué quieres de mí? ¡Habla... pero acaba pronto!

—Aquella vez que te encontré aquí, es decir, en la cocina, me mentiste. ¡Quiero saber la verdad! ¡Explícate al momento!

—¡Mi vida a ti no te importa!

—Si persistes en tu silencio, pediré explicaciones a la gentil señorita que vive en tu compañía.

—¡Miserable!

—Fíjate en cómo hablas. Yo he venido, esta vez, en son de paz, como amigo. Pero si

tú no sabes portarte bien conmigo... ya me conoces...

—¡Yo estoy en mi casa, "Petardo"!

—¿En tu casa? ¡A que me sales con que tenías un tío en La Habana!...

—Nada de eso... Ya que me obligas a ello, sepas la verdad. Lee.. pero sin tocarla... esta carta. Me la encontré en la mañana de aquel día que tú viniste con intento de robo a esta casa.

—¡Esto parece inverosímil, tío Juan!

—Nada más cierto, "Petardo".

—Pero, ¿y esa mujer, quién es?

—No malicies lo que no existe. Esa muchacha es "mi" sobrina... la sobrina del difunto... a quien éste no había visto nunca... y que se presentó a mí como por encanto, tomándose por su verdadero pariente...

—¡Qué novelesco, tío Juan! Pero entonces, tú robas miserablemente a esa joven...

—¡No grites, por favor, "Petardo! Las paredes oyen.

—Eso es lo que yo digo. Seamos breves. Ya me temía yo algo milagroso. Con razón he soñado varias noches que iba a cobrar una buena suma de dinero. ¡Con lo escaso que estoy de fondos! No te lo puedes figurar bastante. ¡Anda, que me parece que he dicho algo, hombre! ¡Cuando se encuentra una "combinación" tan substanciosa, no debe echarse en olvido a los buenos camaradas que se hallan en la indigencia!

—Sí... Te daré dinero..., pero no quiero verte por aquí ni en sombra, ¿lo oyes?

—Afloja... y no pases cuidado. Ya sé lo que debo hacer.

—Toma.

—¿Dos mil? ¡Vamos, tío de mi vida, no seas tacaño! Con cinco mil del ala... vuelo.

—¿Cinco mil?...

—Dámelos, hombre, y no seas "panoli". No te pido más, para que no digas que abuso. Soy un hombre razonable.

El tío Juan crispó los puños y mordióse los labios... para acabar por complacer al "Petardo", que se marchó—para volver otro día, ¡claro!—con aire de triunfo. ¡Había encontrado un filón... la vena de oro que necesitaba para vivir sin preocupaciones!

..

El tiempo siguió su curso, agradablemente para unos—Elena y el secretario de su tío, Andrés Bresson—, y preñado de zozobras y amenazas para el tío Juan.

"El Petardo", alentado por su primer éxito, habíase metamorfoseado por completo, y preparaba una nueva maniobra.

Desde un café de moda escribió al tío Juan esta carta, mandándosela por un chico:

Te espero en Joinville, en el Hotel de los Pabellones, para hablar muy seriamente. Ven al punto.

"El Petardo".

Desde el primer momento, como ya lo sabemos, Elena encontró elegante, encantador y simpático al nuevo secretario, ¡pero éste se hallaba dotado de una desesperante timidez!

Saltaba, sin embargo, a la vista que Elena deseaba que Andrés la cortejara y se le declarase... pues ella casi, casi se le había declarado con sus expresivas miradas.

Andrés no se atrevía a mirarse a los ojos de la sobrina de su principal, considerándose infinitamente—en sentido económico—distanciado de ella.

Elena, obcecada por la idea de vencer los escrúpulos de Andrés, no le dejaba solo desde la mañana hasta la noche.

Procuraba justificar su presencia a su lado a todas horas.

Aquel día, el señalado para que el tío Juan comenzara su nueva obra, Elena recordó a éste tal acontecimiento, y acomodóse en el gabinete de trabajo, frente a Andrés, sentado a su vez a la máquina de escribir.

El tío Juan, que sudaba tinta, no sabía cómo salir de aquel apuro.

—A sus órdenes, señor—dijo Andrés, dispuesto a empezar a tomar copia al dictado de la nueva obra.

—Bien. Ejem... Escriba usted... Ejem... Ponga: ¡“Los Miserables”!

—¿“Los Miserables?”—preguntó Elena, recordando a Víctor Hugo.

—Sí... “Los Miserables”. “Los Miserables”...

—Pero, tío, ¿quién no ha leído, en Francia y fuera de ella, “Los Miserables”?



Aquel día, el señalado para que el tío Juan comenzara su nueva obra, Elena recordó a éste tal acontecimiento...

—Hay muchos miserables, hijita... cada día más... Yo sé de algunos...

Aquí apareció el criado.

—Una carta urgente para el señor.

El tío Juan abrió esa carta—la del “Petardo” citándole inmediatamente—y, ocultando su disgusto, se disculpó con su sobrina y su secretario de verse en la obligación de marcharse.

Así pudo huir de la quema, pero iba a caer en otro fuego peor.

Elena aprovechó la ausencia de su tío para pasear por el jardín del “chalet” con Andrés, y dar a entender a éste, concretamente, que ella, a pesar de que él era pobre, consideraba que la diferencia de posición social no puede impedir la estima y el afecto.

No obstante, Andrés se mantuvo a respetuosa distancia de Elena. No se creía digno de aspirar a su mano. ¡Una exageración de delicadeza, que enojó a la joven!

En tanto, el tío Juan y “El Petardo” hablaban de lo suyo.

Mediadas unas cuantas palabras entre ambos, “El Petardo” dijo al tío Juan:

—¡Sobra toda discusión! ¡Es preciso que hagas lo que yo te ordene!

—Es inicuo lo que me propones... pero ¡sea!

—¡Quedamos, pues, entendidos! Recibes un telegrama anunciándote la llegada de un antiguo amigo... ¡y ese amigo soy yo!

*
* *

De regreso en su casa, el tío Juan recibió el mentado telegrama, redactado como sigue:

Querido amigo: Mi padre me envía a pasar algunos días en París. Me alojaré en su casa.

Pedro Sorbier.

Y "El Petardo" apresuróse a presentarse en la "villa".

Sufriendo horrorosamente ante su impotencia, pues estaba a su merced, el tío Juan hubo de presentar al bribón a su sobrina y a Andrés, como el hijo de un antiguo y querido amigo suyo, que sería su huésped durante algunos días.

Elena, enojada con Andrés por su incomprendible indecisión, pensó sacar partido de la presencia de Pedro ("El Petardo") para coquetear con él y darle celos al primero.

"El Petardo", que no estaba allí para otra cosa que hacer la conquista, con fines interesados, como se supone, de Elena, abusó de la condescendencia de ella, llamando, su ineducación, la atención de Andrés.

El tío Juan, sublevado interiormente, cogió aparte a su secretario, de sobremesa, y le dijo, a guisa de broma, pues conocía el mutuo cariño que se profesaban Elena y Andrés:

—Pero ¿no comprende usted que mi sobrina quiere hacerle rabiar... que se burla de usted?...

—Yo, señor... Pero como don Pedro es amigo de usted...

Temiéndolo todo del "Petardo", el tío Juan incitó a Andrés a vigilarle.

—No conviene dejar a mi sobrina sola con ese hombre, porque... porque... ¡yo sé lo que me digo!

Y, furioso, el tío Juan, conteniéndose a duras penas delante de su sobrina, separóla del "Petardo", marchándose Elena, confiando que Andrés la seguiría, al jardín.

Frente a frente el tío Juan y "El Petardo", éste, práctico y ruin, confesóle al primero su pretensión.

—¡Esta vez me parece que se me ha presentado un gran negocio, y no he de ser tan tonto que lo deje escapar!

—¡Te guardarás de hacer lo que te propones!

—Es por demás que tú y yo discutamos, ¿entiendes? ¡Sabré comprometer a esa joven de tal modo, que no tendrá más remedio que casarse conmigo!

—¡No lo harás!... ¡No, "Petardo", o entonces sabrás quién soy yo!

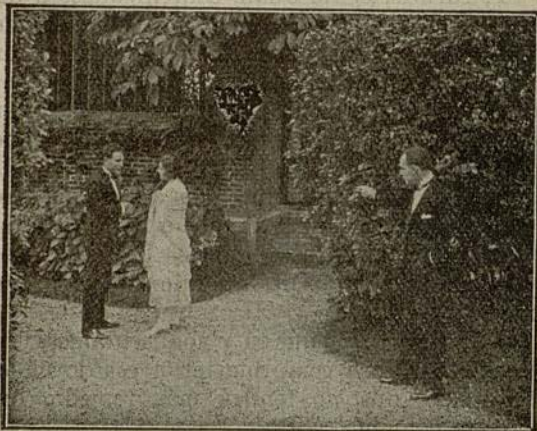
—¡Escenas no, tífto! Saldremos ganando los dos.

Y, fijo en su maquiavélica idea, "El Petardo" alcanzó a Elena en el jardín y consiguió que ella aceptase visitar con él un pabellón.

Andrés, que los seguía de cerca—como lo suponía Elena—, los vió entrar en el citado

pabellón, y, dudando de la caballerosidad de Pedro, venció su despecho y se ocultó entre el follaje, para espiar la salida de aquéllos.

“El Petardo”, seguro de tener en sus garras al tío Juan, no titubeó en pretender abusar de la ingenuidad de Elena, y a no haber acudido, a los gritos de ella, Andrés, el mal-



...“El Petardo” alcanzó a Elena en el jardín, y consiguió que ella aceptase visitar con él un pabellón.

vado habría consumado su horrendo plan.

“El Petardo” y el secretario lucharon desesperadamente.

Tal vez hubiera vencido el primero, sin la

intervención del tío Juan.

Este, sospechándolo todo, acudió al pabellón y redujo, amenazándole con un revólver, al “Petardo”, a quien obligó a volver con él, solo con él, a la casa.

—Créiste que te saldrías con la tuya, ¿verdad? Estabas convencido de que yo era un monigote en tus manos, para no perder mi bienestar, ¿no es cierto? ¡Pues ya lo has visto! ¡Te he salido falso! ¡Soy un mal camarada!

—¡Merecías que te escarmentase!

—Tal vez nos volvamos a encontrar. Por ahora, ¡te doy cinco minutos para abandonar esta casa! Nada de violencias, o disparo, ¡te juro que disparo!

—¡Perfectamente! ¡Mañana tendrás noticias mías!

—¡Márchate, canalla!

Por su lado, Elena reconocía ante Andrés su ligereza.

—Cierto que he cometido una imprudencia..., pero usted se ha mostrado tan indiferente, tan alejado...

—Y, ¿qué hacer? ¡Soy tan pobre!...

—¡La pobreza no me importa, Andrés!... ¡Si tú me quieres, como ahora lo comprendo, seré feliz casándome contigo!

—¡Oh, Elena! Jamás pensé alcanzar tanta dicha!



La noche transcurría lentamente; y en tanto que los jóvenes se entregaban a sus dulces ensueños, "El Petardo" meditaba su innoble plan de venganza.

—¡Mañana le denuncio a la policía! Si me pierdo con él... ¡tal día hizo un año!—decía a sus compinches.

Al clarear el día, el tío Juan, vestido como cuando abandonó, aquella mañana, el Asilo Nocturno, llamó a su lado a Elena y Andrés, y, emocionado, les confesó toda la verdad.

—Perdóneme usted, Elena... La he engañado vilmente... ¡Yo no soy su tío! Mi deber hubiera sido confesárselo todo desde el momento en que usted llegó a esta casa... ¡pero era tan tentadora la idea de sentir latir un corazón puro y tierno al lado del corazón encallecido del pobre vagabundo!

Andrés no se pudo contener.

—¡Es usted un bellissimo sujeto!—le dijo al tío Juan.

—Aquí está todo, Elena... La carta... las llaves... todo... todo... Quiero marcharme, con su perdón, tal como llegué aquí...

En aquel momento, "El Petardo" y el Comisario de Policía y su gente llegaron a la "vivienda".

—¡Vienen a buscarme!—avisó el tío Juan a Elena y a Andrés.—El miserable que ayer

expulsé de esta casa me ha delatado. ¡No me abandonen ustedes!

Elena, turbadísima y muy afligida, no abandonaba al tío Juan. Andrés, dispuesto a declarar a favor de éste, retiróse al entrar en el salón la policía.

"El Petardo" señaló a la justicia al tío



—Aquí está todo, Elena... La carta... las llaves... todo... todo...

Juan, y empezó el interrogatorio del Comisario:

—¿Es usted el señor Juan Bonnefous?... Se le acusa de haberse introducido en esta casa fraudulentamente.

—Perdón, señor Comisario... Esta nota de un suicida puede disculpar en parte mi falta.

—Confieso que esto es muy original. Pero, si consideraba usted que este testamento era válido, ¿por qué no ha dado los pasos necesarios para su debido registro y demás formalidades legales?

Elena intervino:

—¡Yo soy la propietaria de esta casa y renuncio a toda actuación judicial!

—Aunque heredera legal, señorita, aun no ha sido usted puesta en posesión de estos bienes por quien corresponde. ¡La justicia debe seguir su curso!

—Permítame que me presente, señor Comisario—dijo Andrés reapareciendo. — He aquí mi tarjeta.

El Comisario leyó el nombre impreso en la cartulina, que no era otro que el de Mauricio de Champloux.

—¡Cómo! ¡Este es el nombre del suicida! ¿Qué significa esto, señor Champloux?

—¡El muerto soy yo!

—¿Eh?

Expectación general.

—A raíz de la muerte de mi padre, el insignificante y famoso literato, al que quería entrañablemente, traté de suicidarme, arrojándome al Sena... ¡pero unos marineros me salvaron! Después, tuve el capricho de conocer al hombre que el Destino me había deparado para mi heredero. Lamento haber molestado a la

justicia, y le suplico encarecidamente, señor Comisario, que deje en libertad a este sujeto.

—Pero..

El tío Juan interrumpió al Comisario, para acusar al "Petardo":

—Señor Comisario, la justicia no se marchará con las manos vacías. Ese hombre, "El Petardo", como le llaman todos, es un malhechor. Vino aquí una vez a robar, y ayer mismo volvió con peores instintos todavía. No le dejé hacer, y en venganza ha querido perderme.

—¡Falso, falso!—gritó el miserable.

—Este hombre dice la verdad—afirmó el auténtico Mauricio de Champloux.

Y la policía se llevó al "Petardo".

Elena, que pensaba que su sueño de amor se esfumaba, escuchó con fruición lo que su primo le murmuró al oído:

—¡No te entristezcas, prima! Yo considero el colmo de la dicha el que me hayas querido por mí mismo, sin sospechar siquiera que era rico!

El tío Juan se disponía a alejarse para siempre de aquella casa, cuando las voces de Elena y de Andrés, en una sola voz, le detuvieron:

—¡Tío!

Volvió sobre sus pasos el buen hombre, y lloró de felicidad al sentirse rodeado de cariño.

—Gracias a usted nos ha unido el amor.

¡Exijo que, para siempre, siga usted siendo "Mi Tío"... "NUESTRO Tío"—le dijo Elena.

—¿De veras? Pero...

—¿Tiene usted una condición que imponer?

—Sí... ¡Que no me obliguéis a escribir novelas!

—No habrá necesidad. Nosotros mismos nos encargaremos de escribirlas. ¡He aquí el primer capítulo!—contestó Mauricio.

Y sonó un beso... luego otro... y otros más...

Y el tío Juan, sonriente, tapóse los ojos...

FIN

Prohibida la reproducción.

Revisado por la censura gubernativa.

¿YA HA COMPRADO USTED

el 13.º libro de la BIBLIOTECA

Los Grandes Pelms

de LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA?

Su título es

¡PARIS...!

Precioso drama de gran espectáculo que presenta, a través de un bellissimo asunto sentimental, la vida de París en todos sus aspectos.

INTERÉS - EMOCIÓN - VERISMO

128 páginas. — Profusión de fotografías.

Precio popular: UNA PESETA